


El hogar infinito
Álvaro Gutiérrez





«En el cajero no se está mal. Entre los cartones y la manta me arreglo bastante bien. La manta huele a limpio, como a eucaliptos. Es *Made in Spain*. Me la dieron ayer las chicas de la leche y las galletas. Creo que la reservaron expresamente para mí porque solo les quedaban tres o cuatro. Es bastante mejor que las que reparten los del Samur Social. Esas huelen a alcanfor y no abrigan ni la mitad».

ÁLVARO GUTIÉRREZ

**Un relato
directo, sincero,
veraz y emotivo
sobre la vida en la calle.**

ÁLVARO GUTIÉRREZ

El hogar infinito



narrativas

Para Dalila,
la mujer que me enseñó
a ver las cosas

1. LA CALLE

LA CALLE SIEMPRE ENSEÑA ALGO, SOLÍA DECIR EL MARQUÉS. TODAS LAS personas deberían vivir una temporada en la calle, así serían mucho más humanas.

9

El Marqués tenía a menudo ese tipo de ocurrencias. Creo que yo era de los pocos que le entendían, de ahí nuestro apego. Un día me dijo que, si se lo hubiera propuesto, habría llegado a ser alguien importante. Y yo le creí. Aún pienso a menudo en él; donde quiera que esté.

La plaza de la Villa de París es un sitio muy conveniente para vivir. Realmente no es una plaza, se trata más bien de un pequeño parque cuadrangular rodeado de edificios oficiales y bloques de pisos que albergan tanto oficinas como viviendas. Las medidas de seguridad de la zona alejan de aquí las peleas y las agresiones de los grupos violentos que tanto se prodigan últimamente. Además, los setos que pueblan el jardincillo que rodea el parque permiten la satisfacción de las necesidades más básicas con una cierta intimidad.

Me gusta lo bien organizado que está todo. Aquí cada uno tiene su sitio. Y se respetan las normas. Porque hay normas.

Normas sabidas de todos. No normas escritas ni nada de eso. No se habla de ellas. Nadie las enseña. Simplemente, cuando llevas un tiempo en la calle, las sabes.

Los zombis se reúnen al otro lado del parque, en los bancos cercanos a la retaguardia del Museo de Cera. Nosotros nos mantenemos en nuestra zona y ellos en la suya, no nos mezclamos mucho, la verdad. Ellos a sus chinos y nosotros a ir tirando. Suelen ser unos veinte. Sin embargo, solo cinco o seis...

10 Yo algunas veces hablo con uno que es paisano mío. Aparenta los treinta, aunque debe de tener veintiuno o veintidós. No sé por qué, pero le llaman Sweet. Al Sweet le van las chapas, los parches anarquistas, los imperdibles, la letra «k» y esas cosas. A mí me parece que hace mucho que todo eso pasó, antes de que él naciera incluso, pero él insiste en que está más vigente que nunca.

El Sweet siempre lleva consigo un pequeño tablero de ajedrez. Cuando está lúcido se le puede ver sacando de una cajita un puñado de piezas de madera y enfrascándose en interminables partidas consigo mismo. Siempre pierdo, dice. Y cuando alguien le pregunta, responde que suele elegir el bando equivocado. Luego se guarda el suelto en el hatillo y, mientras estrecha cordialmente la mano del curioso, deja algún recuerdo en ella. Toda mi vida preferí estar del lado de los perdedores, aclara cuando se despide. Y sin más, vuelve a sus piezas negras. Porque en su ajedrez no hay piezas blancas. Todas son negras.

Un día le pregunté qué veía en aquel tablero. Lo hice para ver si se le desataba la lengua y hacía pura filosofía de su respuesta, esperando alguna disertación acerca de la lucha de

clases, del papel de los peones, los reyes y esas cosas. Antes de escuchar su respuesta yo ya había compuesto en mi cerebro un convincente discurso. A veces me pasa. Sin embargo, él se puso muy serio y contestó que aquel tablero era como la vida misma. Nada más. No sé por qué, pero me pareció la misma respuesta que hubiera dado cualquiera. No le he vuelto a preguntar.

2. ÁNGELES

ALGUNAS NOCHES VIENEN POR AQUÍ UNAS CHICAS QUE NOS DAN leche caliente y galletas. Yo la mayoría de las veces ni quiero. La leche no me cae bien al estómago. No sé de qué ni de dónde dicen que vienen. Tampoco estoy muy seguro de si lo suyo tiene que ver con la religión. A veces me parece que sí, aunque no lo digan abiertamente. El tono condescendiente de alguna, el mirar compasivo, el entrecruzar de los dedos de ambas manos. Para ser sincero, hay algo en todo ello que me crispa. El Marqués se habría reído. De ellas, quiero decir. O habría soltado algún despropósito. Yo, por respeto...

13

Suelen contarme de sus actividades. A veces incluso proponen algo. Hablan de esperanza, de ilusión, de salir de la calle. Yo asiento tratando de parecer amable, pero no hago mucho caso. A estas alturas creo que todo eso ya no tiene demasiado sentido. Tal vez hace unos años, pero ahora..., la calle está dentro, muy dentro. Y no quedan ya fuerzas.

Me gusta su compañía, eso sí. De vez en cuando se gastan bromas. Y se ríen como locas. Aluden a sus novios y a las más jóvenes se les suben los colores. Esos son los momentos que más me gustan.

Hay una que es muy graciosa. Pequeña, con el pelo rojo, su acento me hace recordar mi juventud, cuando la calle no era más que una escapatoria. Alguna vez incluso me toma el pelo. Pues habrá que dormir con las ventanas abiertas, me dijo una noche de mucho calor. Cuando suelta alguna de esas acostumbra a guiñar un ojo. Como para remarcar que está de broma. Y es divertido porque no sabe hacerlo. Y se le queda una mueca entre ridícula y graciosa. Una mueca que me inspira simpatía.

14 Ella es la única que me llama de tú. Las demás siempre con el usted en la boca. No sé si es por eso, pero esa pequeña es mi favorita.

3. POESÍA

EL MARQUÉS SIEMPRE FUE EL MÁS INTELIGENTE DE TODOS NOSOTROS. Se decía poeta y encadenaba las palabras con la nostalgia de un otoño lluvioso. Eso sí, cuando las rabias: hasta espumas por la boca.

15

En sus buenos tiempos había publicado un libro. Eso lo supe por boca de aquellos que le habían conocido otra vida. Él, para esas cosas..., para casi todo se mostraba muy reservado. Al parecer, apenas se vendieron un puñado de ejemplares. Y yo jamás llegué a ver ninguno. Debió de ser mucho antes de acabar aquí.

Acostumbraba a llevar un cuadernillo de tapas sucias y desgastadas. Y lo mismo anotaba los pensamientos que le inquietaban como se ponía a garabatear obscenos dibujos —algo para lo que, por cierto, mostraba innegable talento—. Algunas veces, mientras caminábamos, sacaba apresurado el cuaderno y escribía quién sabe qué. Para que no se olvide, decía. Y luego buscaba un reducto de soledad y ocupaba las horas entretejiendo versos con mechones de pelo. Mechones lacios y taciturnos a los que daba una y mil vueltas hasta encontrar la palabra adecuada.

En esas yo procuraba no molestarle demasiado. Solo en contadas ocasiones, cuando los vinos se conjugaban con las lunas, había logrado sacarle algún manojillo de rimas. Y me habían gustado. Sin más.

Uno de los que más recuerdo decía haberlo escrito para su hermana menor. Le encontraba cierto encanto pastoril. Me confesó que lo había concebido cuando a la muchacha le acababa de venir su primer mes, al enterarse de los dolores que sufría por las noches y de las burlas que le hacían sus compañeros de clase más crueles.

16 —Esa cría era mi vida —me dijo justo al acabar de recitarlo.

Estábamos ya bastante borrachos. Mientras él encontraba en el poema analogías con García Lorca, yo pensaba en mi hija —lo hago tantas veces—. No debía de faltarle mucho para que ese momento le llegase también a ella. Verde que te quiero verde. Y yo...

Yéndose a dormir mi niña
llegó el tiempo al anochecer,
el tiempo bailó sobre ella,
mi niña amaneció mujer.

¡Despierta niña, despierta!
Que alguien te quiere abrazar
Puños que brotan de dentro
Retoños de algún rosal.

¡Despierta niña, despierta!
Despierta y no duermas más
que aunque el día críe escarchas
tus campos florecen ya.

Aún hoy repito el poema y no puedo evitar acordarme de ella, de mi niña, y sentir una estocada en el corazón. También del Marqués, claro. Sobre todo porque aquí todos sabíamos que él era hijo único.

4. CÍRCULO

A MENUDO ME PONGO A PENSAR QUÉ HA SIDO LO QUE ME HA LLEVADO a estar como estoy, a ser lo que soy. No es fácil reflexionar acerca de ello sin atormentarse, sin acabar cayendo en la desesperación, sin darse de cabezazos contra un muro. Supongo que es algo que está en mi ser, que nunca va a cambiar.

19

Anoche, al acostarme, no pude evitar que una vomitona me sacudiera el cuerpo y me dejara un dolor que las estrellas..., como si un puño me retorciera por dentro. Los restos sanguinolentos de los vinos mal bebidos y los cuatro bocados de la merienda-cena quedaron a mi vera, formando un lecho de tonos encarnados, verdosos y amarillentos que han acompañado mi sueño.

Luego, al cabo de unas horas —no sé cuantas—, he despertado. Tiritando. No sé si de frío o de qué. Un par de perros callejeros husmeaban por igual en los restos de mi vómito, en el pedazo de bocadillo que anoche guardé para desayunar y en los huecos de mis zapatos. A uno de ellos ya lo he tenido rondando por aquí algún día. Parece peligroso. Como esos animales satánicos de los relatos de terror.

Mientras distraía a los perros lanzándoles a unos metros los dos pedazos de pan, la mortadela y el agua bendita de mis entrañas, me he dicho que esto no puede seguir así. Ha sido una ráfaga, un momento de lucidez, un soplo..., una sobredosis de nervio y de vigor. Y, como tantas otras veces, me he levantado dispuesto a todo, con unas fuerzas que hacía mucho tiempo que..., luego el día ha pasado como cualquier otro. Y a la noche he vuelto a vomitar.

5. UNA MELODÍA

HAY UNA MELODÍA. UNA MELODÍA QUE ME ACOMPAÑA DESDE QUE ME levanto. Es una música que no puedo dejar de tararear, por más que lo intento. Hasta la noche, hasta el sueño, hasta el descanso...

21

Es una melodía muy pegadiza. Tanto que quien la escucha no la puede olvidar jamás.

La toca el Sweet en una flautita cuando sale a pedir por las peatonales del centro; cuando se aburre del ajedrez, cuando no encuentra sentido a las piezas negras, cuando no tiene nada que brindar a las visitas, cuando despacha a los curiosos que se le acercan con alguna excusa, sin ofrecerles siquiera un apretón de manos.

La melodía es siempre la misma, el Sweet no sabe otra. La compuso él mismo. Yo la tengo ya muy metida aquí. En la cabeza, digo.

—Esa melodía es como la tabla del dos —me dijo un día—. Cuando la interiorizas es para siempre, se te agarra a los intestinos y no hay forma de deshacerse de ella.

Y parece que así es en realidad. Una vez dentro, resulta imposible sacársela. Al menos para quienes, como una plaga de

ratones, frecuentan las peatonales del centro. O para quienes, de cuando en cuando, la escuchamos en el parque. Incluso para quienes, como perros hambrientos, se acercan a interrumpirle las partidas de ajedrez.

De vez en cuando, en mi andar de un lado a otro, descubro a alguien silbándola, tarareándola, poniéndole letra. Hasta yo mismo...

Cuando toca su flauta, cuando su melodía, cuando su sombra, el Sweet acostumbra a bailar, dar vueltas, contonearse. Algunas veces encoge una de sus piernas y se mantiene en equilibrio sobre la otra, tal si fuera una grulla. Él dice que esa postura es la misma que tienen los alfiles de su ajedrez. Y habla —mal, por lo general— de no sé qué flautista que también se acomoda de manera similar. A mí, sin embargo, la postura me recuerda más la de una figura de una caja de música que tuve oportunidad de presenciar en mi niñez. Cuando mi padre...

Algunas veces, al mantenerse en equilibrio, el Sweet entra en trance. En esas, si se le mira fijamente, se le puede ver levitando al compás de la música, apenas a unos centímetros del suelo, no muchos, cinco o seis, como un equilibrista que se mantuviera sobre un alambre invisible. Con ello consigue atraer a no pocos curiosos. Algunos se ponen a indagar tratando de atinarle el truco. Incluso hay quienes se agachan a revisar el espacio que queda entre él y el suelo pero, al cabo de unos segundos, se dan por vencidos y se marchan. Y si alguno, armándose de paciencia, decide esperar a que salga del trance para interrogarle, se encuentra, por toda respuesta, con una sonrisa, una evasiva, un gesto de incompreensión.

Cuando baja hasta las peatonales del centro, el Sweet suele hacerse acompañar de otro al que llaman Blablá. No sé si el Blablá es mudo o no tiene nada que decir. Lo cierto es que es todo un artista. Su principal habilidad consiste en plegar el cuerpo hasta ponerse con los talones en la nuca y echar a andar muy gracioso con las manos. Así puede tirarse horas. Y, mientras el Sweet se mantiene levitando y tocando su flautita, él sostiene con los dientes un pequeño cazo metálico y va haciendo sonar las calderillas como reclamo. Incluso baila al compás de la melodía del Sweet. Porque, aunque no hable, el Blablá escucha mucho. Pero mucho.

23

Algunas veces, el Blablá ajusta su paso al de los caminantes. Y, cortejando sus andares con el tintineo del cazo y las monedas, los escolta durante un buen trecho. Despierta así, a partes iguales, las sonrisas del resto de viandantes y los embarazos del acompañado. Tanto que, en no pocas ocasiones, este acaba por sucumbir a la limosna para librarse de él.

Con eso, el Sweet y el Blablá deben de ganar bien, pero claro...

6. MI PALACIO

CUANDO LLEGA EL INVIERNO ME VOY A UN CAJERO. LO PREFIERO A LOS albergues. Alguna vez he estado en un albergue, pero no puedo con todas esas normas estúpidas.

25

El cajero está a dos calles. Tampoco me muevo mucho de la zona, en el barrio tiene uno ya hecho su hueco. Amontono en un rincón mis cuatro cosillas, coloco a mi vera una caja vacía y me doy al clarete o al sueño. La caja es para la voluntad. Es una caja de habanos. La tengo desde hace yo no sé los años. Tiene una tapa que, al dejarla abierta, muestra en el reverso la palabra «Gracias», en letras grandes, gordas y ya medio borradas. Fue el Marqués quien la escribió, un día que andaba yo despistado. No es por educación, me dijo, es para que la gente se anime. Yo hubiera preferido no poner nada, con las calderillas de dentro ya se entiende.

Lo cierto es que no valgo mucho para pedir. Hay veces que prefiero las hambres. Pero bueno, con la caja es más fácil. Aquí la gente me conoce, incluso me aprecia, así que siempre hay quien deja algo suelto. Con eso tengo para ir penando.

Un día entró en el cajero una famosa. No sé cómo se llama pero durante una época la vi en los carteles de los autobuses. Anunciaba perfume, creo. La verdad es que en esos carteles parecía otra cosa. Ella ni me miró —lo cual es de agradecer—. Yo me di cuenta enseguida de que era ella, a esa gente se le nota. Sacó su dinero 4B y se marchó dejando en el aire un aroma que ni las rosas. Alguna vez me he masturbado pensando en ella. A uno el cuerpo también le pide sus cosas.

7. TEATRO

RECUERDO CUANDO EL MARQUÉS ME DIJO QUE LE CORRÍA SANGRE azul por las venas. No sé por qué, pero me dio la risa. Debió de ser el imaginarlo pajareando con la alta alcornia. Él se puso muy serio y me aseguró que era verdad. Luego me contó de un antepasado suyo que —no recuerdo bien— era duque o conde o algo de eso. Lo seguro es que marqués no era. Del cómo, por qué o quién empezó a llamarle Marqués no me dijo nada. Yo tampoco pregunté, por discreción.

27

Por aquel entonces dormíamos en el teatro. Eran buenos tiempos. Los mejores desde que... Entrábamos por el portal vecino, subíamos los cinco pisos hasta la azotea y, a través del cuartito del ascensor, nos colábamos en un gran respiradero que conducía directamente a un hueco diáfano que había en la pared opuesta al escenario, casi junto al techo.

Aquello, váyase a saber cómo, lo había descubierto el Marqués algún tiempo antes. Para esas cosas se daba maña. Conocía rincones que nadie más... Rincones en los que se recluía a destriparse versos, borracheras, lamentos. Rincones que a cualquier otro le pasarían desapercibidos. Rincones.

Aquel hueco, vedado al resto de los mortales, nos permitía observar el escenario como si estuviésemos en el mejor de los palcos. Además, si nos andábamos con ojo, no había manera de que nadie nos descubriera. Pronto nos aficionamos, convirtiendo en rutina presenciar cada noche las obras que iban dando. De tan repetidas, acabábamos aprendiéndonos los diálogos. Incluso alguna vez nos descubrimos representando.

Pese a sus rimas y poemas, creo que en eso andaba yo más versado. Ahora que el paso del tiempo ha simplificado mucho todo lo que rodeó a nuestra amistad, creo que era en lo único en lo que podía considerarme superior. Siempre le tuve afición al escenario. Allá en mis años de secundaria, cuando todo parecía girar en torno a cosas más importantes y complicadas, participé como protagonista en un par de obras. En una hice de Colón y en otra —creo que— de Rasputín.

Sin embargo, aquel teatro no tenía nada que ver con el de mi época de estudiante; tampoco con el que había conocido después. Era muy distinto. Más atrevido.

Nos tiramos los primeros dos meses presenciando un ciclo de Ionesco —siempre tuve memoria para los nombres propios—. Nos encantaba repetir aquellos diálogos sin sentido aparente. Nos figurábamos en situaciones grotescas, situaciones que eran una evolución de lo que habíamos contemplado sobre el escenario. Y los textos originales, memorizados a fuerza de presenciar la misma función noche tras noche, iban poco a poco distorsionándose y retorciéndose en absurdos de nuestra cosecha.

El Marqués siempre decía que aquellas obras eran lo más cuerdo que había visto nunca, mucho más que la vida real.

—Tienen aún más lógica dados los tiempos vacíos que corren, más incluso que en la época de posguerra.

Yo en esas nunca le contradecía. El Marqués no solía tomarse bien que le llevarsen la contraria. Pese a que él era muy aficionado a llevarla. En eso le tiraba la sangre.

Algunas veces, sin necesidad de usar el teatro como fuente de inspiración, sin que los tragos de vino vertidos al son de vagos recuerdos nos guardasen de la imprudencia, nos dábamos a idear nuestros propios diálogos. No sin cierto talento, por cierto. Y nos aplaudíamos las ocurrencias. Y así, entre ilógicas conversaciones, se nos pasaban mucho más rápidas las horas.

29

Aún hoy en día, pese a no tener muchas oportunidades, hay veces que recorro a ello y contesto a las preguntas que me hacen con sinsentidos, evitando así hablar de las cosas que me incomodan. En esas hay quien me piensa loco, igual con algo de razón. Cada cual con lo suyo.

Estuvimos en el teatro casi dos años; durmiendo y presenciando la función cada noche —a excepción de los lunes—. Luego pusieron portero en el edificio por el que nos colábamos, primero uno cojo y después uno automático, así que se nos jodió el invento y tuvimos que regresar a la calle. Le echo de menos. Al Marqués, digo.

8. TÍTERES

DE VEZ EN CUANDO ME ENTRETENGO HACIENDO UNOS TÍTERES MUY
graciosos. Los fabrico con una de esas navajas suizas. Una que
me regaló el Marqués hace tiempo y que tengo ya destrozada.
Utilizo corchos de botellas, alambres, latas de Coca-Cola,
botones, chapas y otras cosas que voy encontrando por ahí.
Luego los hago funcionar mediante hilos que sujeto a palos de
helado entrecruzados. A veces parecen vivos.

31

Una vez un hombre me quiso comprar uno. Para mi hijo,
me dijo. Pero yo no me fie. Esa gente luego se hace rica a costa
de pobres diablos como nosotros. Más tarde lo regalé —no
recuerdo a quién—.

Suelo dejarlos por ahí abandonados a la espera de un dueño
que los encuentre. Me atrae la idea de darle una pequeña alegría
a un desconocido. El Marqués siempre lo consideró estúpido. ¿Y a
ti quién coño te regala nada?, solía preguntarme. Pero él era de
gruñir, en el fondo sé que aquello le agradaba. Mucho más que si
me hubiera dedicado a venderlos. Al fin y al cabo, nosotros somos
como títeres. Títeres abandonados. Fichas negras, vencidas,
sometidas, colocadas en hilera al borde del tablero de ajedrez.

Un día vi al Blablá con uno de mis títeres. Un Quijote a caballo hecho de latas de sardina, arandelas y chapas de Carlsberg. Esas chapas son las que más me gustan, siempre que tengo oportunidad... Aquel Quijote se daba un aire al Sweet. No lo hice aposta, me salió así. La triste figura del caballero debió de traerme a la memoria la estampa, un tanto caricaturesca, del consumido joven. Supongo que la rudimentaria nariz —hecha del pico cortado de un cartón de leche— hizo inevitable la comparación con los rasgos vascongados heredados de familia. Supongo que el inconsciente...

32

Al poco tiempo, el Blablá ya lo manejaba con destreza. Cuando tiene dolor y no puede doblarse sale a pedir con él. Si apacible, por el Retiro, si no, por los soportales de la Mayor. En un destartalado Sanyo pone una grabación en la que se combinan músicas de aires medievales con una narración de una voz muy familiar. Y, bajo los *flashes* de los turistas y las miradas curiosas de los lugareños, mientras la voz recita las andanzas del hidalgo, colocado a su vera como fiel Sancho Panza, el Blablá va representando las distintas escenas. Y tal es su pericia que enseguida se forman grandes corros para ver las cabriolas del Rocinante y los aspavientos del Quijote. Y sobre todo los niños se quedan embobados e insisten a sus padres para quedarse hasta el final.

Yo creo que con lo del títere el Blablá podría ganarse bien la vida. Sin embargo, a él le van más otros asuntos. También las acrobacias, claro. La verdad es que todo ese tipo de cosas se le dan; tocar tambores, hacer mímica, malabarismos... Su historia es muy distinta a la del Sweet. Él no lleva chapas ni parches ni nada de eso. Él luce un colgante con un diente de

tiburón, un tatuaje de Camarón, un par de rastas y un móvil última generación —que solo utiliza para mandar y recibir mensajes—. De vez en cuando le llaman y contesta el Sweet. Él sabe muy bien lo que tiene que decir. Son casi como un matrimonio.

OTROS TÍTULOS EN ESTA COLECCIÓN:



Efectos secundarios

Rosa Beltrán

El personaje principal de esta novela ejerce el peculiar oficio de presentar libros comerciales por encargo. Cada paquete que recibe resulta ser inequívocamente "la mejor novela del año". Esto resulta absurdo, pero lo importante es seguir leyendo porque leer es su razón de ser. Habita la piel de Orlando, sufre la metamorfosis de Kafka, ríe con el cinismo de Wilde...



Un nombre propio

Catherine Dunne

Farrel, un carpintero obsesionado con los detalles, se ocupa de la restauración de una mansión en Dublín cuando conoce a Grace. Su historia de amor podría ser una más, pero el germen que habita en el corazón de Farrel la convierte en algo muy distinto: el pasado y el presente se confunden.



Winnetou August

Theodor Buhl

Esta es la historia de August y Elfriede Rachfahl, un matrimonio que lucha por sobrevivir en la región de Silesia en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial. Pero ante todo es la historia de Rudi, su hijo de ocho años, que observa el horror de la guerra como una aventura, desde el bombardeo de Dresde hasta la irrupción del Ejército Rojo.



El hombre que gritó la Tierra es plana

Roberto de Paz

Matías, tras el asesinato de su esposa, decide volar hasta Nueva York para seguir el rastro de su padre, quien se deshizo de él cuando todavía era un niño. Allí cae por la madriguera hasta el país de las maravillas que diseñó su padre, donde los vagabundos dejan las calles para formar parte de una insólita residencia de escritores y los *sex shops* son la piedra angular de un proyecto utópico que pretende prescindir del dinero.